



Ponente¹

MARÍA JOSÉ POU

Profesora de Periodismo.

Columnista del diario Las Provincias

Muchas gracias, profesor Maldonado, y muchas gracias a los organizadores por invitarme, porque hacía mucho tiempo que no venía a los Congresos, y la verdad es que comprobar que sigue siendo un foro imprescindible para el debate y para la reflexión conjunta de los católicos en España, es una alegría.

El tema que se nos ha propuesto es la sociedad ante los problemas actuales. Voy a intentar responder a esas tres preguntas que tienen ahí: ¿cuáles son los problemas actuales? ¿Cómo responde la sociedad? Y ¿cómo actuar responsablemente, desde mi punto de vista?

Voy a empezar con los datos del CIS. Hace unos días hemos visto la publicación del último barómetro del CIS, y las noticias que más conocimos, las que tendrán los titulares periodísticos, como sabemos, eran aquellas referidas a la intención de voto. Es razonable, estamos en vísperas de una convocatoria electoral, además realmente interesante y, por tanto, es normal que los medios pusieran el acento en las cuestiones relacionadas con el voto, con la situación de los partidos, con todo aquello que tenía una lectura más bien política. Sin embargo, a mí me interesaba más –y me interesa– esta pregunta que se incluye normalmente en todos los barómetros del CIS. Ya sé que desde ahí no lo van a ver, pero se los comento. Es la pregunta que les dice a los encuestados: “¿cuál cree usted que es el problema o los problemas más importantes de España en estos momentos?”. Sobre todo para responder a la mesa de hoy, *La sociedad ante los problemas de España*, en esta lista tenemos desde cuestiones relacionadas con el terrorismo a la crisis económica o a otros elementos.

De hecho, los que normalmente señalan los españoles –estos son los datos del último barómetro pero, en general, en los últimos barómetros está más o menos igualado– son el paro, por encima de todos los demás, la corrupción, los problemas económicos y los políticos y la clase política, que también es un tema que va variando de importancia pero no sale de estos

¹ Transcrito por audición.

principales junto a la sanidad y otros problemas, y los problemas de tipo social. Bien, estos son los que, ya digo, concitan el mayor número de votos o de opciones, y los porcentajes mayores.

Entre todos los temas, a mí me ha parecido muy importante este, aunque el porcentaje sea muy pequeño. Este que tenemos ahí señalado es uno que se les formula: la crisis de valores. La crisis de valores, desde mi punto de vista, por eso lo señalo, detrás de muchos otros problemas, de todos esos que aparecen en la web, buena parte de los que aparecen en la lista, detrás de esos está la crisis de valores, detrás de la corrupción, detrás de la propia crisis económica, detrás del terrorismo, detrás de muchos de estos problemas, en realidad, el fundamento es un problema moral. Y yo me pregunto, cuando nos planteamos la sociedad ante los problemas actuales parece que estamos saliendo de la crisis, que se acaba la recesión, que estamos en vísperas o que hay posibilidades de que salgamos de la crisis económica. Y yo me pregunto si nos estamos haciendo la misma pregunta de si vamos a salir de la crisis o cómo vamos a salir, respecto a la crisis de valores. Si nos estamos planteando que si la crisis de valores nos ha llevado, en buena parte, a esta situación que tenemos en la actualidad y no reflexionamos respecto a cómo salir de esa crisis de valores, va a ser muy difícil que superemos el origen de estos problemas.

Cuando se les pregunta a los ciudadanos en esa lista se incluye la crisis de valores y solamente un 1,8% considera que es uno de los grandes problemas de España. Y cuando se les pregunta además qué temas le afectan personalmente, sólo uno de cada cien, de los cinco estados, considera que la crisis de valores le afecta personalmente. Yo creo que es un dato especialmente interesante, sobre todo cuando nos estamos planteando esa salida de la crisis en su conjunto. Hace poco publicó la Universidad de Notre Dame, en Estados Unidos, un estudio que había hecho, donde se planteaba algo así. La pregunta a la que querían responder era si después del *crash* había cambiado algo la ética de las grandes empresas, de los trabajadores de las grandes empresas financieras en Wall Street. Si había cambiado la ética de Wall Street después de lo que había pasado. Los propios autores del informe dicen estar bastante consternados por los resultados, porque no parece que haya cambiado sustancialmente. Sí que ha cambiado la perspectiva, sobre todo de algunos jóvenes, respecto a que no utilizarían información confidencial o información privilegiada si supieran que los van a pillar. Pero eso no quiere decir que hayan cambiado los valores que han llevado a determinados comportamientos inmorales en ese contexto.

¿Cómo responde la sociedad a esos problemas que hemos visto? Una de las respuestas, como sabemos, es la confianza en los sistemas tradicio-

nales, en el voto, efectivamente, en la participación política, e incluso en la participación en entidades de voluntariado de las que ahora hablaré. Hay otros sistemas que están cuajando también en los últimos años, que se refieren a fórmulas de resiliencia, de adaptación a una situación compleja y de aportar soluciones nuevas, muchas veces de los canales institucionales. No quiere decir que sean antisistema, sino que se ocupan de establecer vías de solución, al menos para los problemas. El problema que tiene esto es que es demasiado local, demasiado próximo. Me refiero a bancos de alimentos, a moneda social, muertos urbanos, economatos, trueques y todo ese tipo de fórmulas que se salen de los canales establecidos e intentan solucionar problemas muy próximos que son posibilidades nuevas que van surgiendo. Ya digo: el problema es que solamente se queda en el ámbito más próximo.

Y después tenemos la otra opción que quería comentar hoy, de hecho he titulado la intervención “La indignación proporcional”. Es la indignación. La indignación es algo que hemos visto también en los últimos años como una respuesta social a la situación que estamos viviendo. Respecto a la participación, tanto la política como la propia de voluntariado y demás, el CIS también nos da unos datos en el barómetro último que hemos conocido hace poco, pero no son muy esperanzadores; participación en partidos políticos, nos dice el CIS que el 92,9%, casi el 93 de los españoles, nunca ha participado en un partido político, y que el 84,9%, casi el 85, nunca ha participado en entidades de tipo social o de defensa de derechos humanos, lo cual nos dice que lo que es el activismo en este terreno, la actuación concreta, está muy lejos de lo deseable. Si lo comparamos además con los datos europeos, aún nos descorazona más. Estos son los datos de voluntariado en Europa, sacados del informe que se hizo, el Eurobarómetro especial, con motivo del año del voluntariado. La banda que tienen a la izquierda es el país donde hay más voluntarios, el 57% de la población, en los Países Bajos, está implicada en actividades de voluntariado. Y a España no la busquen por ese lado, es mejor que la busquen por este otro, porque estamos en el sexto lugar por detrás, por el final.

Y el dato que aparece aquí es de un 15%. Tampoco es muy esperanzador ese 15% aunque lo parezca, porque en realidad nos dicen los expertos en voluntariado que, en España, implicados en voluntariado están un 2,68%, porque la cifra anterior incluye sindicatos, partidos políticos, entidades deportivas, entidades culturales, es decir, todo tipo de organizaciones que de alguna forma implique a las personas, pero lógicamente no todas ellas se incluyen en lo que es la labor social en voluntariado. En ese caso, tenemos más o menos un millón en España, y las razones mayoritarias que se suelen

alegar para no implicarse son o que tienen cosas más importantes que hacer o que no quieren complicarse la vida. A mí me ha interesado especialmente este argumento de no complicarse la vida, porque yo creo que precisamente lo que estamos haciendo aquí es reflexionar acerca de cómo complicarnos la vida en lo que es el bien común en España.

Y después tenemos la opción de la indignación. Cuando aquí planteo la indignación, y lo puedo defender, es que la indignación es una reacción, una actitud positiva –ahora la diferenciaré de otras cosas–, en la medida en que nos ayuda a tomar conciencia. Para mí la indignación supone, o ha supuesto en estos años, además de otras cosas, la posibilidad de tomar conciencia acerca de la realidad. La cuestión es cuándo nos indignamos. Cuándo vale la pena indignarse, o por qué; con qué motivos podemos indignarnos, o debemos indignarnos.

A esa pregunta me gustaría contestar con una respuesta que dio Stéphane Hessel, el autor del libro *Indignados*. Ese libro panfleto que, de alguna forma, catalizó todos los movimientos de protesta o de malestar que existían especialmente en España, no sólo en España, por supuesto, pero en España cuajó mucho. En una entrevista que le hicieron, le preguntaban por qué se llamaba así el libro, por qué *Indignados*, y él dijo que el título lo había escogido su editora y que le parecía interesante, porque dentro de esa palabra estaba la palabra “dignidad”. Yo creo que la indignación está justificada, es más, es deseable, cuando a lo que se refiere es a la exigencia de dignidad, o cuando se está poniendo en juego la dignidad, fundamentalmente. Y les voy a poner dos ejemplos rápidos. Esta foto, los valencianos la reconocerán, mis alumnos la reconocerán porque es de la noche en que se cerró Radiotelevisión Valenciana. El cierre de Radiotelevisión Valenciana, entre otras cosas, fue traumático porque fue de noche y porque se estaba emitiendo en directo desde el plató. Esta foto ya no se vio porque es de cuando se [ininteligible] negro y ya no continuó la emisión. Entonces, los periodistas que están ahí se dan cuenta de que la emisión se ha acabado, después de este esfuerzo, y algunos se echan a llorar o a protestar. Y esta foto para muchos valencianos muestra o provoca sobre todo indignación. Muchos están indignados por cómo se dice. Yo estuve en desacuerdo no con el cierre, sino con cómo se hizo. Incluso salió un artículo en mi periódico totalmente opuesto a su línea editorial. No sé cómo me lo publicaron, pero lo hicieron.

El caso es que esa foto –aunque detrás de ella lo que se muestra son exalumnos, alumnos, amigos... Conozco las historias de los que están ahí, de la mayoría de ellos, conozco la situación de sus familias, de cómo han quedado después del cierre, etc.– a mí me enfada, me duele, pero no me indigna

porque creo que no está en juego la dignidad. Están en juego otras cosas, pero no la dignidad.

A mí me indigna esto, y creo que ahí sí que está la dignidad en juego. El momento en el que nos debemos indignar es cuando se está poniendo en jaque ese tipo de cosas, esos valores que se nos han quedado por el camino. No es absolutamente negativo mi diagnóstico, igual que decía el profesor Powell. No quiero ser especialmente negativa porque creo que se han hecho muchos avances, incluso también a este respecto, a pesar de imágenes o noticias como estas.

¿Qué riesgos tiene la indignación, como tal? Uno de ellos es el activismo de sofá. En ocasiones la indignación no puede ser el activismo más rentable con el menor esfuerzo posible. Uno está en casa tumbado en el sofá, coge el móvil y manda un *tuit* incendiario sobre cualquier tema que le indigna. Ya digo, es bastante rentable y, sin embargo, no nos exige demasiado... y además es posible que hasta recibamos muchos aplausos virtuales a través de las redes sociales. No quiero entrar en las redes sociales porque sé que mañana se va a hablar del tema, pero evidentemente todo este movimiento se cuaja, entre otras cosas, a través de las redes sociales. Pero ya digo que no quisiera pisar el tema que se va a comentar mañana.

Otra cuestión. Para mí la indignación no es crispación. Lo que pasa es que lo hemos asimilado porque ha habido mucho de crispación vinculada al movimiento “Indignados”. Yo creo que el problema es que buena parte de estos movimientos, la mayoría, son muy emocionales, y cuando hablo de la indignación desde este punto de vista estoy hablando de una reacción en absoluto emocional sino racional. Esta situación, la del niño Aylan en la playa, muerto, es para una reacción no necesariamente emocional, o no sólo emocional; es para una reacción de exigencia de soluciones y de medidas para evitar que el Mediterráneo se siga convirtiendo en un cementerio de personas que están muriendo en determinadas situaciones. Por tanto, no exige la crispación. Yo creo que se ha llegado a la crispación, pero la indignación quiere decir lo que he dicho, una toma de conciencia y una revuelta racional respecto a lo que está pasando, propiamente emocional.

Otra cosa: muchas veces con estos movimientos nos parece que la calle es especialmente revolucionaria, y la calle muchas veces puede ser perfectamente reaccionaria. Esto lo sabe mejor un profesor de historia que yo, pero el “Vivan las cadenas” y Fernando VII no eran en absoluto revolucionarios. La calle puede ser, o las redes pueden ser profundamente reaccionarias, aunque nos parezca que son el *sumum* de lo progresista en estos momentos. Y lo que se comentaba antes también sobre el poder: yo oigo mucho a algunos líderes

de estos movimientos hablar de poder y muy poco de servicio. Esta casa es para la formación de políticos, o la creación de un caldo de cultivo de políticos, al servicio, que ponen por encima el servicio como en la Transición: el servicio por encima del poder. Creo que ahora falta esa diferencia entre una cosa y otra –no se ve muy bien pero lo explico– para combatir cada uno de ellos.

Respecto al activismo de sofá, los psicólogos hablan de salir de nuestra zona de confort en ocasiones, cuando estamos en un trabajo y tenemos posibilidades, si no las tenemos no, pero si tenemos posibilidades de mejora, pero nos instalamos en una especie de seguridad en nuestros propios límites, los que nos hemos marcado nosotros, y no queremos salir de nuestra zona de confort. Y nos dicen que debemos salir, en algún momento dado, de una relación que no funciona y que sabemos que es perjudicial, pero como estamos más o menos cómodos, aunque no sea adecuada no queremos salir de nuestra zona de confort. Yo creo que para combatir ese activismo de sofá, ese activismo tan rentable, deberíamos plantearnos esa salida de la zona de confort que, en ocasiones, supone el activismo desde este punto de vista.

Para la Administración, la proporcionalidad. Estos días vemos cómo el término proporción, proporcionalidad y medidas proporcionales, respuestas proporcionales a Cataluña, respuestas proporcionales a los refugiados, a los inmigrantes... el término proporcional está ahora en el discurso político a cada paso. Yo creo que es un término muy adecuado en este contexto para reaccionar con esa indignación en el momento adecuado y con proporcionalidad y que, efectivamente, se corresponda con la gravedad de la situación que nos estamos planteando.

Allí hablo de la legitimidad respecto a ese poder que le estamos dando a la calle o a las redes sociales. La legitimidad de las redes sociales es limitada, y la legitimidad de la calle es limitada en el sentido de que no todo el mundo tiene igualdad de acceso, así como sí tienen igualdad de acceso al voto, no tienen igualdad de acceso a las redes y, en ocasiones, no tienen igualdad de acceso a la calle. Y por tanto, estamos quizá dejando fuera a buena parte de la población que no puede responder de esa forma. La opinión pública no son las redes, aunque formen parte de la opinión pública y tengan un valor importantísimo, pero no es equivalente una cosa y otra. Y luego [ininteligible] lo que comentaba respecto al servicio.

Y ya para terminar, y no hacerlo más largo y poder dejar tiempo para el debate, ¿cómo actuar? Efectivamente, estoy de acuerdo con el profesor Powell. Se ha avanzado en muchas cosas y es necesario que sigamos en ello. ¿En qué se ha avanzado? Esa presencia del otro, de la diversidad, pero tam-

bién estamos viendo cómo en Europa hay movimientos, lo hemos visto con los refugiados, que rechazan al diferente, que rechazan al otro o, sin irnos tan lejos para hablar de las xenofobias, en muchas ocasiones rechazamos simplemente al que piensa contrario, al catalán que quiere separarse de España. Cuando yo hablo aquí de la diferencia, de la diversidad, del pluralismo, también me estoy refiriendo a eso: no aceptar cualquier cosa pero sí a ser conscientes de que hay otras opciones, otras posibilidades, otros puntos de vista y, al menos, no tolerarlo o dejarlo presente, sino apreciar que la diversidad por sí misma y otros puntos de vista nos pueden enriquecer.

Yo tengo amigos catalanes con mucha formación, muy dispuestos a independizarse de España, y debato con ellos. No me convencen. Yo creo que Cataluña debe seguir siendo España, pero aprecio el debate que puedo tener con ellos, sus razones, sus puntos de vista. Ya digo: no quiere decir que los vayamos a convencer, pero sí que tengamos la oportunidad de hablarlo y de llegar al menos a conocer y a apreciar que hay otros puntos de vista y que puede resultar interesante integrarlos en nuestra cosmovisión. Es decir: plantear narrativas impulsivas que, probablemente, es lo que está faltando en buena parte de la vida política española.

Después, el tema de la conciencia ambiental. Como ven ahí, [ininteligible] del cuidado del entorno, del cuidado de la creación en su conjunto, es decir, el ser conscientes, como dice el Papa, de que no somos dueños sino custodios de la creación, del entorno, de todas las especies que se incluyen, por supuesto, empezando por el ser humano, desde su concepción hasta su muerte natural. Eso también lo incluyo dentro de la conciencia de la salvaguarda de la creación.

La conciencia social, también lo ha comentado antes el profesor Powell, esas brechas sociales, esas diferencias que existen, que se están produciendo entre algunos muy ricos y otros muy pobres, o que se están agrandando entre unos y otros, y ese miedo de la Europa rica, que no deja de ser rica, aunque creamos que es muy pobre, pero no deja de ser rica en comparación con otras zonas del mundo, que se resiste a aceptar, a perder esa situación que ha conseguido.

Y por último, lo de la conciencia política, el bien común, que es uno de los *leitmotiv* del Congreso, que es mucho más que la suma de bienes particulares. El bien común va más allá de esa suma de bienes particulares y, desde luego, de bienes de grupo o de *lobby*, o de determinadas opciones. Simplemente eso. Muchas gracias.